

El credo liberal de Richard Rorty

Rorty, Richard: *Una ética para laicos*. Buenos Aires, Katz, 2009. (Versión castellana de Luciano Padilla López a partir de *Un'etica per i laici*.)

Una ética para laicos es el resultado de una conferencia que diera Richard Rorty en Turín durante el año de 2005. Esta publicación tiene el tono de una conversación amistosa. G. Vattimo introduce a R. Rorty, éste expone, luego hay un breve intercambio de preguntas y respuestas entre los asistentes y finalmente las últimas intervenciones vuelven al tándem Vattimo-Rorty –recordemos que en 2002 se habían reunido para abordar el tema de *El Futuro de la religión* (2005). El libro aparece ahora como texto póstumo del amante de las orquídeas silvestres. A 30 años de haber publicado *La filosofía y el espejo de la naturaleza* (1979) y dos décadas más tarde de *Contingencia, ironía y solidaridad* (1989), hemos aquí ante un texto en el que Rorty definiera su idea de espiritualidad como la defensa de una democracia liberal.

La apertura de Gianni Vattimo dicta el tono amistoso del encuentro. Hace referencia a la historia de la amistad intelectual entre ellos y ofrece unas breves notas sobre su interpretación del pragmatismo rortyano. El profesor turinés también apunta que la amistad filosófica con Rorty no sólo tiene su origen en el remoto 1979 cuando coincidirían para abordar el tema de la postmodernidad, sino que además les une el recurso a la hermenéutica. La combinación de pragmatismo y hermenéutica en Rorty le permite a Vattimo sugerir que la mezcla no es ilegítima. Si el pragmatismo busca “transformar las cosas”, a la hermenéutica del turinés no le interesa de un texto que le diga cómo son éstas, sino que exprese en qué quiere que se transformen (12-13). Vattimo además hace converger la afinidad intelectual de ambos en la idea de M. Heidegger de la existencia como proyecto y en la de que “toda filosofía -...- está fundada sobre una factible puesta en común (*condivisibilità*) del proyecto que propone.” (11). De ahí que Vattimo califique el diálogo de este libro como una “búsqueda compartida de la felicidad, la concordancia y, si se desea, también la caridad.” (13)

Comprometido con esa búsqueda compartida como reconocen los interlocutores del Rorty vivo, éste declara que se ocupara de la espiritualidad y el secularismo. Rorty delimita el contexto de su idea de espiritualidad poniendo en primer plano las declaraciones de Benedicto XVI. La afirmación del pontífice sobre la dificultad que enfrenta la iglesia para decir en qué cree, le da motivo a Rorty para situarse ante el problema de la justificación de una moralidad pública. De ahí que la dificultad que el papa advierte le sirva como antesala a la pregunta sobre la índole de las obligaciones morales: “¿tiene razón la Iglesia cuando afirma que existe una suerte de estructura de la existencia humana que puede funcionar como punto de referencia moral, o bien nosotros, en cuanto seres humanos, no tenemos otras obligaciones morales que la de ir alternativamente ayudándonos a cumplir nuestros deseos, alcanzando con ello la máxima felicidad posible?” (14) Rorty alude a la contingencia del yo como ‘creación de sí’ – ésa fórmula poética en

que convirtió a la autonomía– y defiende el sentido de vida humana como proyecto, para afirmar nuestra capacidad imaginativa de construir futuros posibles. Los proyectos imaginativos serían los únicos que podrían exigirnos su realización, pues han sido el fruto de nuestra libertad y no la vinculación con algo que nos dice qué hemos de ser. De ahí que Rorty considere innecesaria la idea de una “estructura de la existencia humana” para lograr el compromiso con un proyecto común. Rorty retoma la idea de romper el espejo reflectante y deshacernos de las larvas metafísico-epistemológicas que sancionan un determinado modo de ser para en su lugar celebrar la capacidad imaginativa que acompaña a un proyecto de existencia.

Al vincular el carácter de proyecto del ser humano con el proyecto que podemos construir de sociedad nuestro autor alberga la esperanza de una sociedad en la que la cooperación de todos permitiría la satisfacción de los deseos de la mayoría. Rorty dice concordar con J. Stuart Mill pero más bien lo redescubre. Presenta al utilitarismo como la forma poética de construir una sociedad cada vez más libre y democrática, basado en la idea de que el progreso humano es el fruto de la imaginación y no de nuestra redención como seres degradados. En la línea de una democracia liberal, dirá el neopragmatista, conviene más empeñarse en ampliar la felicidad y ensanchar nuestras creencias que en pedir fundamentaciones sobre lo que creemos es nuestra obligación.

Como hiciera en la *Filosofía y el espejo de la naturaleza* Rorty insiste en deshacer lo que considera distinciones inútiles. No hay deseos malos ni buenos, sencillamente deseos que son más útiles que otros para lograr una sociedad más equitativa.

Rorty está sugiriendo con ello que nuestra imaginación moldea al deseo, por lo tanto imaginar la democracia liberal es hacer que ésta guíe el deseo de los que viven en ella. La deseabilidad depende de la forma política –un proyecto compartido–. El deseo de mayor libertad y felicidad para todos depende de la democracia liberal. He aquí la espiritualidad de Rorty, el ideal que nos hemos imaginado, la esperanza social de una vida democrática liberal.

Sin embargo, Rorty paga el coste de que ese proyecto social pueda clausurar la deliberación pública.

Al oponer la libertad como proyecto a la libertad como redención, traza una distinción entre relativismo y fundamentalismo. El relativismo era una posición lógicamente insostenible para Rorty; pero consciente de que solía ser tildado como tal, era capaz de aceptarla si por ello se entendía aquél que no cree necesario apelar a una “estructura de la existencia humana” para poder justificar sus creencias morales y políticas, no aquél para quien todas las formas de vida fueran iguales.

Rorty afirmará con Ratzinger que un cierto relativismo resulta útil a la política, pero se distanciará del pontífice al definir que la utilidad está en el hecho de que nos deshagamos de un ideal que pretende redimirnos. Ideales como éste definen lo que Rorty entiende por fundamentalismo, la búsqueda de cualquier cosa que defina nuestro lugar en el mundo. Bajo estas premisas el fundamentalismo del que habla Rorty mezcla con muy mal acierto el marxismo y la religión (22) y lo contrapone a las ideas de J. Stuart Mill, J. Dewey y J. Habermas.

Aparece aquí el sugerente contraste que en *Contingencia, ironía y solidaridad* apuntara entre la sublimidad del poeta y el reformador liberal. No sabemos hasta qué punto J. Habermas se sentiría cómodo con una definición como la de reformador liberal, aun cuando el objetivo fuera defender el secularismo frente a una pretensión del cristianismo como ética pública. Lo cierto es que Rorty hace pasar bajo el puente serias consecuencias políticas con la renovación del contraste entre poeta y reformador que ahora, con la diferencia entre relativismo y fundamentalismo, termina por oponer la ética pública del liberalismo democrático a la moral privada del marxismo y a la de la religión.

Las personas que no creen en el dogma católico, pero creen en las posibilidades de una democracia para la igualdad y la libertad, ¿estarán dispuestas a aceptar la sugerencia de que una forma de vida democrática como uno de los proyectos más nobles concebidos por los seres humanos, resalte que formas de vida política como la que cita Rorty -el marxismo-, se conviertan así de repente en moral privada mientras el liberalismo adjetivado de democracia se postula como ética pública? Esa intención rortyana es la que aparece en sus argumentos, la que acompaña a la idea de la libertad como proyecto e imaginación.

No se trata de objetar la celebración de una idea de libertad que busca que recuperemos el sentido de nuestro presente si esto es lo que significa definir que nuestros ideales morales son el fruto de nuestras prácticas sociales. La idea de que ciertos deseos se supediten a un proyecto compartido y cooperativo resulta incluso loable. El problema es más bien ¿qué opciones de vida ha configurado el liberalismo democrático de las democracias del Atlántico norte, a las que se refería Rorty, como para que podamos celebrar impunemente la transmutación de los valores políticos, v.g. el marxismo, en ideales religiosos o lo que es lo mismo que las diferencias políticas son asimilables a diferencias morales privadas como las de la religión? ¿Qué tipo de democracia se puede basar en la clausura de la divergencia política?, ¿qué forma de vida puede llamarse democrática si solo hay el 'credo' liberal?

Como corolario, la última intervención de G. Vattimo le da carta libre al relativismo de opiniones, el cual no ve como una dificultad, sino como la posibilidad de evitar la tarea de la demostración de los argumentos y en cambio dar paso a la persuasión. Rorty, para quien tan cara fuese la persuasión en aras de evitar la fuerza, hace girar la distinción de Vattimo para conducirla a su lado de la mesa. De ahí que la redescriva en términos de la distinción entre verdad universal necesaria y preferencia arbitraria. Así y todo, los dos coinciden en la importancia de encontrar un terreno medio entre la verdad universal necesaria y la persuasión. Ese terreno medio, que tan importante les resulta y que parece la alternativa, está confiado a la historia, a una tradición, a los presupuestos comunes, creencias básicas compartidas que permitan construir el proyecto político común. Pero el halo hermenéutico parece quebrar la importancia que Rorty le da a la imaginación.

Sin embargo, el problema sigue siendo convertir la democracia como pluralidad de opciones en un relativismo que remeda un sentido de libertad y restringir la deliberación pública a reafirmar el credo liberal. Rorty cierra así el texto y también la conversación.

Hace 30 años había sugerido con su idea de una ‘filosofía edificante’ que la filosofía era una “conversación inacabada”. En *Contingencia, ironía y solidaridad*, pareció que la conversación también era un rasgo de la democracia. Sin embargo, tal vez la conversación ya se ha acabado si sólo podemos profesar el credo liberal rortyano.

Martha Palacio Avendaño
Seminario de Filosofía política
de la Universidad de Barcelona